

Templo Hermana Teresa



"La esencia"

21/03/2026

“La esencia”

Queridos hermanos y hermanas

En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y que dice:

“No es crítica, los hechos, describen la esencia que obra dentro de cada humano.”

Este tema que hoy nos ocupa no es una crítica hacia nadie, sino que es una invitación sincera a mirarnos por dentro porque cuando expresamos estas palabras, no estamos señalando con el dedo, estamos encendiendo una luz,

Vivimos en un tiempo donde las palabras abundan. Las promesas se multiplican. Las intenciones se declaran con facilidad. Pero la esencia... la esencia no se declara, se revela. Y se revela a través de los hechos.

No es crítica decir que los hechos nos definen. Es simplemente reconocer una ley espiritual y humana: aquello que hacemos habla con una voz más fuerte que aquello que decimos. Los hechos son el idioma silencioso del alma. Son el reflejo visible de lo invisible que llevamos dentro.

Muchas veces creemos que somos lo que pensamos de nosotros mismos. O lo que decimos que somos. O lo que soñamos ser. Pero en realidad, somos lo que hacemos cuando nadie nos ve. Somos

la reacción que tenemos cuando somos heridos. Somos la actitud que elegimos cuando las circunstancias no son favorables. Somos el gesto que decidimos tener cuando alguien nos necesita.

La esencia no es un concepto abstracto. Es una fuerza viva que obra dentro de cada uno. Es aquello que nos impulsa a ayudar o a ignorar. A perdonar o a guardar rencor. A construir o a destruir. Y esa esencia, tarde o temprano, se manifiesta en hechos.

Desde una mirada humana, podríamos decir que cada acción es como una huella en la arena del tiempo. Algunas huellas se borran con el viento, pero otras quedan grabadas en el corazón de quienes nos rodean. Y esas huellas son las que cuentan nuestra verdadera historia.

Desde una mirada de Fe, entendemos algo aún más profundo: los hechos no solo impactan en la tierra, también vibran en el espíritu. Cada acto de amor fortalece la luz interior. Cada acto de egoísmo la debilita. Cada acto de servicio nos acerca a lo divino. Cada acto de indiferencia nos aleja de nuestra verdadera naturaleza.

Dios no mira nuestras declaraciones, mira nuestro obrar. No escucha solamente nuestras oraciones, contempla cómo vivimos lo que oramos. Porque la Fe no es un discurso, es una forma de vida.

Y aquí queremos detenernos un momento. Porque cuando

hablamos de que los hechos definen la esencia, no estamos diciendo que somos perfectos. No estamos diciendo que no podemos equivocarnos. Todos fallamos. Todos tropezamos. Todos, en algún momento, actuamos desde el miedo, desde el orgullo o desde la herida.

Pero incluso en el error, los hechos nos definen. Porque también nos define cómo reaccionamos después de equivocarnos. Nos define si pedimos perdón. Nos define si corregimos el rumbo. Nos define si aprendemos.

Permítanos compartir una breve historia que ilustra esto:

En un pequeño pueblo vivía un carpintero muy respetado. Era conocido por su amabilidad y por su Fe profunda. Siempre hablaba de honestidad, de compromiso, de amor al prójimo. La gente lo admiraba.

Un día, un joven aprendiz comenzó a trabajar con él. El muchacho observaba atentamente todo lo que el carpintero decía... pero más aún, observaba lo que hacía.

Una tarde, llegó un cliente adinerado y pidió un mueble de gran calidad. El carpintero aceptó el trabajo, pero en privado comentó que usaría madera de menor calidad en las partes que no se veían, para ahorrar dinero. “Total, nadie lo notará”, dijo.

El aprendiz se quedó en silencio.

Días después, llegó una viuda humilde que necesitaba reparar una mesa vieja. Apenas tenía dinero para pagar. El carpintero

trabajó con dedicación, pero al terminar, le cobró más de lo que habían acordado, justificándose con excusas.

El joven aprendiz, confundido, le preguntó una noche: “Maestro, usted siempre habla de honestidad y compasión. Pero hoy vi algo diferente. ¿Cuál es su verdadera enseñanza?”.

El carpintero guardó silencio. Esa pregunta atravesó su alma como un espejo. Esa noche no pudo dormir. Comprendió que sus palabras eran nobles, pero sus hechos estaban revelando otra esencia: la del interés y la comodidad.

Al día siguiente, fue a buscar al cliente adinerado, le explicó lo que había hecho y se comprometió a rehacer el mueble con la madera adecuada. Luego fue a la casa de la viuda, le devolvió el dinero y le pidió perdón.

Desde ese día, su esencia cambió. No porque lo dijera, sino porque decidió obrar diferente.

El aprendiz aprendió la lección más importante: la esencia no se enseña con discursos, se demuestra con hechos.

Hermanos y hermanas, nosotros también somos observados. No solo por los demás, sino por nuestras propias conciencias. Nuestros hijos, nuestros amigos, nuestros hermanos en la Fe, nos observan. Y más allá de eso, el Cielo nos observa.

Podemos hablar de paz, pero si sembramos discordia, nuestros hechos nos delatan. Podemos hablar de unidad, pero si actuamos desde el ego, nuestros hechos nos desnudan. Podemos hablar de

amor, pero si somos indiferentes al dolor ajeno, nuestros hechos nos contradicen.

Y esto no es crítica. Es una oportunidad.

Es la oportunidad de alinear lo que decimos con lo que hacemos.

Es la oportunidad de permitir que la esencia divina que habita en nosotros sea la que gobierne nuestros actos.

Porque dentro de cada ser humano hay una chispa de luz. Una capacidad inmensa de bien. Una fuerza que puede transformar realidades. Pero esa fuerza necesita manifestarse.

La Fe verdadera no se mide por la cantidad de palabras espirituales que pronunciamos. Se mide por la paciencia que tenemos en medio de la tormenta. Por la generosidad que ejercemos cuando no nos sobra nada. Por la coherencia que mantenemos cuando nadie nos aplaude.

En nuestra comunidad, tantas veces hemos hablado de ser luz. Pero la luz no se proclama, se irradia. Y se irradia a través de actos concretos: un abrazo, una escucha sincera, un gesto solidario, una renuncia al orgullo.

A veces pensamos que nuestros pequeños actos no importan. Que son insignificantes. Pero cada acto es una semilla. Y las semillas construyen bosques.

Cuando alguien decide perdonar, aunque tenga razones para no hacerlo, está sembrando paz. Cuando alguien decide ayudar sin buscar reconocimiento, está sembrando humildad. Cuando

alguien decide sostener la Fe en medio de la dificultad, está sembrando esperanza.

Y esas semillas hablan de la esencia que obra dentro de esa persona.

También es cierto que nuestros actos negativos hablan. Hablan del miedo no resuelto. De la herida no sanada. De la soberbia no trabajada. Pero incluso allí, hay esperanza. Porque reconocer nuestros actos es el primer paso para transformar nuestra esencia.

La esencia no es estática. No estamos condenados a ser siempre lo mismo. Cada día, cada decisión, cada acción, nos está moldeando.

Dios nos dio libre albedrío. Y con él, la responsabilidad de elegir qué esencia queremos alimentar. Podemos alimentar el resentimiento o la compasión. Podemos alimentar la indiferencia o el compromiso. Podemos alimentar el ego o el servicio.

Y lo que alimentamos, se convierte en acción.

La Hermana Teresa nos dice:

“Hoy más que nunca, la Tierra necesita hechos. Necesita coherencia. Necesita hermanos y hermanas que vivan lo que predicán. No perfectas, pero auténticas. No impecables, pero comprometidas con crecer.”

No es crítica decir que los hechos definen nuestra esencia. Es un llamado a la autenticidad. Es un llamado a la madurez

espiritual.

Cuando algún día miremos hacia atrás y revisemos nuestra vida, no recordaremos tanto lo que dijimos, sino lo que hicimos. No recordaremos los discursos, sino los abrazos. No recordaremos las intenciones, sino los actos de amor.

Que cada uno de nosotros pueda preguntarse hoy, en silencio:

¿Qué dicen mis hechos de mi esencia?

¿Estoy siendo coherente con la luz que digo portar?

¿Estoy permitiendo que la Fe gobierne mis decisiones?

No para juzgarnos. Sino para crecer.

Porque la esencia más profunda del ser humano es divina. Es amor. Es servicio. Es verdad. Y cuando nuestros hechos brotan de esa fuente, transformamos no solo nuestra vida, sino la vida de quienes nos rodean.

Que podamos ser una comunidad donde las palabras y los hechos caminen de la mano. Donde la Fe no sea solo una proclamación, sino una práctica diaria. Donde cada acción, por pequeña que parezca, refleje la grandeza del espíritu que habita en nosotros.

Y que cuando alguien nos observe, pueda decir: “Allí hay coherencia. Allí hay verdad. Allí hay luz.”

Porque al final, no es crítica. Es conciencia.

Y la conciencia es el primer paso hacia una vida más plena, más justa y más alineada con Dios.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

